

El deporte, mi aventura apasionante

El deporte es una pasión. Lo ha sido para mí desde pequeño, lo sigue siendo y creo que me moriré con ella.

En mi pequeña aldea gallega de Caleiro, Pontevedra, jugábamos al fútbol en la carretera; las porterías eran unas piedras, y el balón una deshinchada pelota de cuero que, cuando se mojaba, se convertía en un elemento peligroso, sobre todo para la cabeza.

A los diez años, ya en el colegio de los Padres Paules de Marín, descubrí el minibasket, el balonmano y el atletismo. Incluso un día vinieron unos monitores de la Federación de Rugby para enseñarnos los primeros pasos en ese «extraño» deporte, con balón en forma de melón.

En el Estadio de la Juventud de Pontevedra me tocó lanzar peso, saltar altura y correr los 1000 metros: era necesario sumar puntos para el equipo de atletismo del colegio.

Más adelante compaginé la participación en el equipo de baloncesto del Instituto de Cambados con el fútbol en el equipo de otro pueblo: San Miguel de Deiro. Recuerdo aquella pista de cemento del Instituto en el que llegamos a ser subcampeones provinciales escolares, y el campo de fútbol de tierra, en el que las estiradas como portero siempre se saldaban con rasponazos que requerían el posterior tratamiento con agua oxigenada y mercromina.

En Madrid, mientras estudiaba la especialidad en Educación Física, jugué en el equipo de Baloncesto del Barrio de San Blas. Aquello ya era un lujo: el pabellón era cubierto y su pavimento de parqué. También supe lo que era hacer las funciones de entrenador de un equipo femenino de baloncesto, en aquellos años en los que no era frecuente que las mujeres entrenasen tres días por semana y participasen en una competición regular.

En el barrio de Simancas se puso en marcha un proyecto de fútbol, y allí que me fui a jugar de portero. Confieso, con orgullo, que entonces realicé mis mejores paradas y, aunque se trataba de un equipo de categoría regional, me sentí un profesional porque los resultados de esa competición salían en la edición madrileña del diario deportivo *As*.

Para sacar unas «perras» para mis gastos, los sábados por la tarde arbitraba partidos de fútbol de las competiciones escolares. El descubrimiento más importante de esos ratos de deporte fue el del papel de los padres como educadores de sus hijos. Nunca tuve que salir corriendo, pero en algunas ocasiones quedaba claro que a los padres de los perdedores les costaba asumir la derrota con deportividad.

Durante mi primer año como profesor en Vigo, en el colegio Montecastelo, entrené con el equipo de Baloncesto Porcelanas Santa Clara, pero fue en uno de los partidos de fútbol que jugaba semanalmente en el colegio donde sufrí mi primera lesión importante: fractura de escafoides. Así que se acabó la temporada de baloncesto y mi brazo izquierdo estuvo escayolado casi tres meses. Después, rehabilitación y a volver a los entrenamientos.

Mi estancia en Vigo duró solamente una temporada. De allí me marché a mi actual ciudad: Pamplona. Trabajé como profesor de Educación Física en el Colegio El Redín y entrenador de su equipo de Atletismo, que participó, aquel año, en el Campeonato de España de Campo a Través, nada menos que en Cartagena.

En el verano de 1980 descubrí en Irlanda un nuevo deporte que me apasionó: el bádminton. A mi regreso a Navarra me propuse divulgarlo entre mis amigos. No resultó fácil, pero no abandoné esa afición y lo he seguido practicando hasta hoy. Ahora lo enseño en la Universidad de Navarra a un grupo de estudiantes, dos días a la semana.

Durante mis dos primeros años en Navarra jugué en el equipo de fútbol de una población de la Ribera: El Larrate de Carcastillo. Fue una experiencia estupenda, que me sirvió para conocer, en poco tiempo, una parte importante de la Comunidad Foral: Cascante, Lodosa, Valtierra, Cortes, Ribaforada, Peralta... y su costumbre gastronómica de las costilladas «postpartido».

Di un nuevo paso en el ámbito de la gestión deportiva gracias a la invitación de la Universidad de Navarra para dirigir su Servicio de Deportes. Planificar y organizar actividades, gestionar instalaciones, dirigir personas y tratar continuamente con jóvenes deportistas resultó y continúa resultando una experiencia apasionante. Las personas son, y siempre deberán serlo, los protagonistas del hecho deportivo.

En la Universidad practiqué un deporte estresante: el squash. En cuarenta minutos te ibas a la ducha con una sensación de enorme fatiga. Eran tiempos en los que este deporte hacía furor entre los mayores de 18 años. Mi envergadura me ayudaba a dominar la pista, pero mis cervicales terminaron por aconsejar el abandono.

No lo recuerdo con exactitud, pero creo que fue a comienzos de los 90 cuando apareció el pádel en Navarra. Una nueva urbanización en construcción, Alzuza 2, ofrecía entre sus servicios dos pistas de pádel. Allí empezamos a jugar, hiciera frío o calor, lloviera o nevase. No se me olvidará aquella tarde en la que con unas escobas viejas retiramos la nieve para jugar un partido con dos futbolistas argentinos de Osasuna. Quizá ahora resulte increíble para tantos jugadores acostumbrados al *indoor* y al cristal. El pádel, como el bádminton, sigue formando parte de mi práctica deportiva habitual.

También hice mis primeros «pinitos» con el esquí, gracias a que tuve que acompañar al equipo de la Universidad a los Campeonatos de España Universitarios en Baqueira. Mi amigo Pedro Andreu, responsable de Deportes de la Universidad de Barcelona, consiguió para nosotros un profesor de categoría: Toni Fibla, preparador físico, en aquel entonces, del equipo de Baloncestos del F.C. Barcelona. Nos calzamos las botas y los esquís y a subir al telesilla. ¡Cuántas caídas en aquella primera bajada! Pero nuestro monitor nos aseguró que las caídas se irían reduciendo cuantas más bajadas realizásemos. Y así fue.

Todavía me quedaba por vivir una nueva etapa en el mundo del deporte. Tuve la suerte de cambiar de siglo dirigiendo el organismo responsable del deporte en la Comunidad Foral de Navarra: El Instituto Navarro de Deporte y Juventud. La política deportiva tiene como gran misión la promoción de la actividad física y deportiva en la sociedad en general: jóvenes y mayores, en las ciudades y en las zonas rurales, en los colegios y universidades, con las federaciones y las demás

entidades deportivas. ¡Qué gran equipo tuve la suerte de liderar! Personas comprometidas con la pasión deportiva, entregadas a su trabajo, que lograron, con su profesionalidad y entusiasmo, mejorar las condiciones deportivas de la Comunidad. Ahí pude comprobar la calidad humana de tantas personas que, de forma desinteresada, se dejan la piel por el deporte en sus pueblos, en sus barrios, en sus clubes. El voluntariado deportivo, el altruismo, el amor al deporte, ha estado en la base —y lo seguirá estando— del desarrollo deportivo de la sociedad navarra y española.

Años después regresé a la Universidad de Navarra, lugar en el que sigo siendo director del Servicio de Deportes con la misma ilusión del primer día, y que compaginé, durante cuatros años, con las tareas de Concejal de Deportes de mi ayuntamiento: El Valle de Egüés. Allí se pusieron en marcha nuevas actividades de baloncesto y gimnasia rítmica, que todavía siguen dando muchas alegrías a la gente del pueblo.

En todo este tiempo he podido ver que el deporte es algo grande, importante, que trasciende la simple actividad física. El deporte es amistad, alegría, salud, educación, convivencia y escuela de humanidad.

Para entender el deporte, aquí y ahora

Todo el mundo ve el deporte como algo positivo que ayuda a las personas a ser mejores y a construir una sociedad más solidaria. Pero, en ocasiones, parece que esta relevancia del hecho deportivo no se toma en serio y se piensa que, a la vista de las necesidades actuales, el deporte no puede formar parte de las prioridades sociales.

Seguro que muchos pensadores actuales coinciden con el análisis que, ya en 1957, realizaba Cagigal: «Quizá se opine que, a estas alturas de los tiempos, la humanidad exige del seso de los escritores serias palabras de mayor envergadura, alientos de salvación y espiritualidad. Ciencia, política, sociología, religión, deben polarizar nuestra comezón. Triste desperdicio el de un hombre, que profesa seriedad, malgastar sudores en una trivialidad como el deporte».

El gran maestro de la Educación Física española, después de mostrar comprensión con este reproche, afirmaba: «Disiento de los que ignoran que el juego como actitud social puede ser síntoma y germen de lozanía. (...) Todavía hay muchos, muy serios, quizá demasiados, que limitan la fecundidad del juego deportivo a una afirmación muscular. Lo esterilizan en su más honda paternidad: su doble dimensión espiritual y social» (1).

Probablemente falten pensadores en el ámbito deportivo que sean capaces de transmitir y convencer a los grandes responsables de la sociedad del valor fundamental del deporte. Para los cristianos, el deporte, además de todo lo dicho, es un medio fantástico para mejorar interiormente, que nos ayuda en la lucha por superar nuestros defectos y querer más y mejor a nuestros semejantes.

También aquí, en el ámbito cristiano, se arrastra un pasado que lastra esta visión positiva. El papa Francisco ha dicho recientemente que «el deporte es una riquísima fuente de valores y virtudes que nos ayudan a mejorar como personas» y que «la práctica deportiva nos ayuda a dar lo mejor de nosotros mismos, a descubrir sin miedo nuestros propios límites, y a luchar por mejorar cada día» (2). Al escuchar estas palabras, uno se pregunta por qué son tan pocas las instituciones

educativas de inspiración cristiana que incluyen en sus programas proyectos deportivos serios y profesionales.

Afirma también el papa Francisco: «La Iglesia ve en el deporte un válido instrumento para el crecimiento integral de la persona humana y en la práctica del deporte un estímulo para una sana superación de sí mismos y de los propios egoísmos que entrena el espíritu de sacrificio y, si se enfoca correctamente, favorece la lealtad en las relaciones interpersonales, la amistad y el respeto de las reglas». (3)

Entonces, ¿por qué tantas reticencias para incluirlo entre los pilares formativos de la juventud? Probablemente sean dos las razones que han llevado a las instituciones cristianas a una distorsión en la valoración del deporte como elemento fundamental para la educación.

En primer lugar, su aspecto lúdico, que lleva a algunos a entenderlo como algo superficial, frívolo y poco relevante. Para los que piensan así, el deporte se convierte únicamente en un buen elemento del ocio, porque entienden que mientras las personas dedican su tiempo a estas actividades no lo dedican a cosas «malas».

En segundo lugar, la dificultad para comprender de forma positiva la «cultura del cuerpo». No falta quien piensa que el deporte degenera frecuentemente en la búsqueda de lo físico por encima del espiritual o en un culto al cuerpo que lleva a las personas a alejarse de Dios, o que unas prácticas centradas en el cuerpo son contrarias al valor del espíritu. O quien todavía ve en la práctica deportiva una causa de situaciones incompatibles con la naturalidad para las relaciones personales de distinto sexo. El documento *Dar lo mejor de uno mismo* reconoce este extremo cuando señala: «En la forma como se ha escrito la historia del deporte se ha llegado a pensar que la Iglesia Católica ha tenido un punto de vista negativo sobre el deporte y su impacto, especialmente durante la Edad Media y durante los periodos más tempranos de la Edad Moderna, por las posturas negativas de algunos católicos hacia el cuerpo. Esta tendencia negativa, sin embargo, se basa en una mala interpretación de la postura católica hacia el cuerpo durante estos periodos, y olvida la influencia positiva de las tradiciones educativas teológicas y espirituales, católicas referentes al deporte». (4)

Quizá por esas y otras razones, el deporte haya sido considerado como un aspecto muy secundario en la vida de la persona. En una ocasión, hace algunos años,

ya no recuerdo su nombre, escuché a un profesor de filosofía español decir que «de las cosas menos importantes, el deporte es lo más importante». Y esa consideración sigue estando presente en muchas mentalidades que tienen responsabilidad en el ámbito educativo de nuestra sociedad. Esa valoración positiva –pero poco decidida– en la apuesta del deporte como factor educativo me ha llevado a estudiar el mensaje de la Iglesia sobre esta actividad propia del ser humano, con el deseo de conocer su mensaje y poder trasmitirlo a los demás.

Durante los últimos años, la Iglesia –el papa Francisco lo señala expresamente–, ha enseñado que el deporte es un instrumento de encuentro, de formación, de misión y santificación. Desde comienzos del siglo XX los papas han procurado iluminar a los cristianos sobre el sentido auténtico del deporte, pero «sin duda alguna, San Juan Pablo II, puso el compromiso y el dialogo con el deporte en su más alto nivel de importancia con respeto a la jerarquía de la Iglesia Católica, (...) promoviendo una visión cristiana del deporte que enfatiza su importancia para construir una sociedad más humana, pacífica y justa, así como para la evangelización». (5)

San Juan Pablo II fue un asiduo practicante de varios deportes: fútbol, kayak, montañismo y esquí. Gracias a eso y a su gran profundidad espiritual, conocía muy bien la riqueza humana y sobrenatural que encierra el deporte. Asimismo, el papa Francisco es un buen conocedor y seguidor del deporte, especialmente del fútbol. Y, por último, la intelectualidad de Benedicto XVI no fue obstáculo para que llegara a conocer la importancia de la actividad deportiva en la vida de las personas.

Esta decisión de estudiar el mensaje de la Iglesia sobre el deporte se ha visto reforzada con la publicación del ya citado documento sobre la perspectiva cristiana del deporte y la persona humana, *Dar lo mejor de uno mismo*, que ha llevado al papa Francisco a escribir un mensaje muy claro sobre los principios que rigen actualmente el deporte, en el que nos anima a transmitir los valores que encierra esta actividad humana: «Es importante llevar, comunicar esta alegría que transmite el deporte, que no es otra que descubrir las potencialidades de la persona, que nos llaman a desvelar la belleza de la creación y del propio ser humano puesto que está hecho a imagen y semejanza de Dios. El deporte puede abrir el camino a Cristo en aquellos lugares o ambientes donde por diferentes motivos no es posible anunciarlo de manera directa. Y las personas con su testimonio

de alegría, con la práctica deportiva en comunidad, pueden ser mensajeras de la Buena Noticia». (6)

De la lectura de los documentos que recogen los mensajes de los papas sobre el deporte se vislumbra un horizonte profundo, interesante, valioso, con importantes consecuencias para la vida de las personas: el deporte es un regalo de Dios a los hombres. Nos ayuda a ser mejores personas, contribuye a la educación de los valores, mejora la salud y desarrolla de forma armónica el cuerpo, favorece la convivencia, promueve una civilización de paz, potencia la igualdad de oportunidades y la integración de las diferencias, estimula la solidaridad y el trabajo en equipo, nos hace conocer nuestras limitaciones para poder superarlas y nos marca el camino para aspirar a los ideales más altos.

Todos podemos encontrar puntos de interés, pues la Iglesia «se interesa por la práctica deportiva porque antes que nada se interesa por el bienestar físico y espiritual del ser humano, porque lo concibe como una unidad, no compuesta de partes aisladas e independientes, sino de realidades unidas, que interactúan y se influyen permanentemente. La visión cristiana del ser humano busca ser integral, evitando cualquier reduccionismo antropológico». (7)

El papa Francisco lo expresa así: «La Iglesia se interesa por el deporte porque le preocupa el ser humano, todo el ser humano, y reconoce que la actividad deportiva repercute en la formación de la persona, en sus relaciones, en su espiritualidad». (8)

Los mensajes de los papas y la doctrina de la Iglesia se dirigen a todos, sean cristianos o no: deportistas, dirigentes, profesores y entrenadores, árbitros, pastores religiosos, periodistas y aficionados en general. Son mensajes positivos, llenos de sentido, centrados en el ser humano y coherentes con la doctrina de la Iglesia.

Y es así porque Dios es el primer deportista. Necesariamente tiene que ser así, porque si un ser creador incorpora en el sistema operativo de su obra maestra el juego como instrumento básico para el aprendizaje, posiblemente se deba a que Él mismo es un ser sociable, cercano, dinámico y premiador. Dios disfruta cuando los seres humanos juegan y se divierten, y fue quien puso en la naturaleza humana el gusto por el deporte. Nos lo da como un regalo para descubrir y disfrutar.

A lo largo de la historia, los hombres hemos sido nuestros principales enemigos y nos ha costado descubrir la grandeza de lo ordinario. Sin embargo, en estas últimas décadas el deporte ha surgido con fuerza como un elemento fundamental

de la cultura moderna. De ese modo, a los cristianos se nos presenta una gran oportunidad: aprovechar el deporte para ser personas más humanas, transformar la sociedad, amar a los demás y tratar a Dios.

He organizado el libro en cinco grandes capítulos que recogen veinte historias deportivas que ilustran otros tantos temas. Son historias reales narradas con detalles y, en la mayoría de los casos, inventados por mi imaginación. Esos detalles no distorsionan la verdad de fondo, que queda manifiestamente clara. Al igual que esas historias podría haber elegido otras muchas diferentes, porque en el mundo del deporte, por suerte, existen muchas gestas, acciones y vidas que ponen de manifiesto la grandeza de muchas personas, hombres y mujeres que han sabido descubrir en el deporte un espíritu de belleza, de solidaridad, de humanidad. Al final de cada capítulo he añadido unos pequeños textos para la reflexión sobre cada uno de los temas tratados.

Espero que tú también encuentres en las palabras de este libro la inspiración necesaria para comprender mejor el auténtico «espíritu» del deporte y que te ayude a ser mejor. Porque, como dice el profesor Conrado Durántez: «Si el deporte no sirve para hacer mejor a las personas, para nada sirve».